

yendo los favores sin igualdad, sin eleccion, puesta la mira en los respetos, y á su albedrío la justicia. (337)

Lo disfrazado y alegórico del romance, lo clásico de su corte y la limpieza antigongorina del estilo me mueven á suponerle escrito en 1611.

Pero nos está llamando á gritos el encono de los émulos del poeta mexicano, y la saña de los maldicientes, requemada y podrida por el estimable lugar que ALARCON se iba haciendo con sus bien imaginadas comedias.

CAPITULO X.

Los tres maldicientes.—El Dr. Suarez de Figueroa muere á Ruiz de Alarcon.

Lo que al prado el bienhechor rocío, son para el mustio espíritu la risa y la chanza, frecuentemente rendido á la ordinaria fatiga del trabajo y estudio, ó á la más congojosa de pretensiones y cuidados. Los chistes y la risa, como la sal á los manjares, hacen agradable y sana la conversacion; pues ligados los hombres con secretos vínculos de simpatía, al modo que la tristeza del uno se reverbera en el semblante del otro, así también una cara risueña mueve y alegra el corazón de quien la mira. Alma de paseos y corros las chanzas y burlas, y de juegos y convites, arrójalas cortesmente el discreto, y las recibe y las vuelve con donosura el advertido, cual goz-

quecillos que, retozando entre sí con inofensivos dentezuelos, riñen y están en paz, se muerden y acarician.

Pero ¡cuán fácilmente las cañas pueden volverse lanzas, y el decidor y chancero pasarse á bufon, y del plácido y sereno gracejar venir á la sátira sangrienta y matadora de honras! El papel más difícil fué siempre el del gracioso, porque sus chanzas han de hacer cosquillas y no doler, y con galano disfraz ha de parecer alabanza y cortesanía la mordacidad, como la censura afectuoso advertimiento. Del corazón alegre y sencillo de Cervántes brotan los donaires y las gracias; del enconado pecho, la sátira maligna, y muchas veces está en la naturaleza del hombre un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre que no se pueden ir á la mano. Aliméntanse de agudezas maldiciosas, y por el gusto de decir una perderán á un amigo y aun la vida. Para estos hombres no valen ni la amenaza ni el castigo, y los antiguos solían compararlos con aquellos pajarracos hambrientos, que de los altares robaban la carne de las víctimas, y también con las arpias, que ensuciaban todo aquello en que ponían la garra.

El maldiciente pica, y á la manera que la avispa y el escorpión, no sufre que le toquen.

Una misma punzante frase, disparada á un hi-

jo, será prevención cariñosa; al amigo, desabrimiento fugaz; á persona desconocida, agravio; al desvalido, cobardía; al desdichado, injuria; desacato, al superior. Cuando el capricho y la desastrosa arbitrariedad de inicuos depredadores tiraniza á los pueblos, parapetándose tras una brutal soldadesca ó un monarca imbécil, ahora se llame Duque de Lerma, Duque de Uceda ó Conde-Duque de Olivares el detentador de la corona, transfórmanse los chistes en aceradas flechas, mortíferos dardos y puñales buidos. Pero cuando la paz y la abundancia resplandecen con el imperio de la justicia, los donaires y las flores del ingenio semejan el atavío de los más hechiceros verjeles. Luego que nació Minerva, hizo Júpiter descender del cielo abundantísima lluvia de oro. Luego que se entronizan los faciosos tiranos, hacen que el ingenio, semejante al río de la Lidia, robe al monte Midas su oro para arrojarlo al mar.

¡Cuánto oro de subidos quilates no desperdiciaron los grandes poetas de aquel tiempo, arrojándolo al mar del olvido, en la funesta ocupación de lastimar mil ajenas honras, aniquilar ilustres créditos, descubrir secretos escondidos, y contaminar linajes claros, como el infame Clodio, que, á vista de modelo vivo, retrató pasmosamente á Cervántes! «Los satíricos, los

maldicientes, los malintencionados (dice) son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos.» Suelen comenzar por atreverse á la despreciable mujercilla que no amparan rufianes valientes y matones, ó por burlarse de la casta y ocasionada mujer que tiene la desgracia de salir á público teatro, y de allí, siendo reidos y aplaudidos, toman ánimos para atropellar por todo. En vano Cervántes, moribundo, le advierte en el *Persiles* que «las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la cual no se perdonan los pecados.» Amónéstales fervoroso para que huyan de sacar en público «la verdad de las culpas cometidas en secreto por los reyes y príncipes, porque no toca á un hombre particular reprender á su rey y señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe;» lo cual no ha de servir para enmendarle, sino para desautorizarle y endurecer la condicion del así ultrajado y hacerle pertinaz en su flaqueza. «Todo eso sé (responderá Clodio); pero, con todo eso, jamás me ha acusado la conciencia de haber dicho mentira ninguna; y si quieren que no hable ó escriba, córtense las manos y la lengua.» Un yerro pro-

videncial hizo que, atravesada aquella lengua viperina por vengadora saeta, quedase en perpétuo silencio. (338)

No parece sino que el mismo trágico fin le pronosticaba Cervántes á un alto sugeto que á la edad de treinta y tres años, en el de 1613, iba por la senda más estrecha de la virtud: ingenio vivo, gentil y gallardo; criado en palacio, maestro de campo en Lombardía, justador en las grandes fiestas de Nápoles, año de 1614; grave y humano al mismo tiempo; liberal con propios y extraños, cortés, magnífico; y prudente y comedido, hasta el instante en que llega á mojar la pluma en satírica hiel contra la actriz Jusepa Vaca, tan perseguida de los señores, y corre de mano en mano el epigrama con aplauso indecible. Vuelve de Italia, descansa feliz en Madrid al lado de una esposa excelente y noble, como de la casa de la Cerda y Mendoza; y dos años después, cuando á 4 de Octubre de 1618 cae del valimiento el Duque de Lerma, echado por su propio hijo mayor, que le sucede en el favor del Monarca, se desarreboza el satírico, no vibrando ya la aguda lanza contra pobres actrices sino contra los que se repartían el poder, ya fueran entremetidos audaces ó ministros de los Consejos supremos. Festiva musa y desenfadada, en traje popular y desaliñado, le inspira; corre en

millares de copias la sátira mordaz; y fuera de cantarla por las calles los muchos, todo lo demás de enhorabuena y elogios empuja al maldiciente en el despeñadero. Para su pluma no hay ministro ni juez que no sea prevaricador, beodo, sufrido y judaizante. Si con efecto decía la verdad, era punible el arrojito, indigna la ocasión y execrable el intento. Destiérrenle de Madrid; vuelve; muy pronto, á la muerte de Felipe III (31 de Marzo de 1621), ve el fruto de su maledicencia, en las persecuciones, castigos y muertes de los ministros y privados á quien supo desacreditar ante la pública opinión, y hacerlos despreciables y aborrecibles; alientase á combatir con las mismas vedadas armas á los nuevos tiranos que sustituían á los antiguos; y, usurpando su nombre al maldiciente, otros mil, peores y más cobardes y cautos, mancillan toda honra, toda reputación, y aun se atreven á la majestad del solio. El corazón del satírico dejó de latir, partido por alevoso puñal, á 21 de Agosto de 1622. «Tanto valieron los distraimientos de su pluma, las malicias de su lengua; pues vivió de manera que los que aguardaban su fin (si más acompañado, ménos honroso) tuvieron por bien intencionado el cuchillo.» Tal escribía entonces el gran D. Francisco de Quevedo; y tal fué á los cuarenta y dos años de edad la mísera suerte del

conde de Villamediana, D. Juan de Tássis, que pudo repetir, á haberle dado treguas la muerte, lo que de sí propio dijo Lope de Vega:

En fe de mi nombre antiguo
Cantan pensamientos de otros;
Tal vez porque, siendo males,
Yo triste los pague todos. (339)

ALARCON, imparcial y severo, aunque seguro de no contentar ni á los verdugos ni á los consternados parientes de la víctima, calificó ésta y el alevoso atentado como se ve en el epitafio que sigue:

Aquí yace un maldiciente,
Que hasta de sí dijo mal,
Cuya ceniza inmortal
Sepulcro ocupa decente.
Memoria dejó á la gente,
Del bien y del mal vivir;
Con esto vino á morir,
Dando á todos á entender
Cómo pudo un mal hacer
Acabar su mal decir. (340)

Maestro de Villamediana en la poesía culta y en irse paso á paso á la sátira, fué el famoso D. Luis de Góngora y Argote. Había nacido en Córdoba, el año de 1561 (diez y nueve ántes que D. Juan de Tássis), hijo del corregidor de la ciudad. Estudió en Salamanca hasta el bachilleramiento;

y sin poder acabar de meterse en la cabeza á Bártulo y á Baldo, los dejó por entregarse todo á los versos, á la música y á la esgrima. Bien la habia menester el satirico. Obtuvo una racion en la catedral de Córdoba en 1590: se ordenó de sacerdote á los cuarenta y cinco años, y protegido por D. Rodrigo Calderon, vióse capellan de S. M. (341)

Era corpulento, robusto y bien proporcionado, calvo, y de largo y abultado rostro, los ojos penetrantes y zainos, la nariz corta, la boca chica, la perilla y bigotes muy pequeños. Su condicion, fogosa y áspera, le hacia gustar de groseras pullas, ingenioso para dispararlas, fácil en los dicitorios, sin freno en la sátira contra la voluntad y la persona. Al despejo é imaginacion ardiente de los nacidos en las orillas del Guadalquivir, unia toda la malicia y travesura de la salamanquina estudiantesa. Y dotado de estro soberano, cuando, por sus letrillas, sonetos y romances, era gala del Parnaso español, quiso inventar una nueva poesia, imprimiéndole cierto especialísimo sello, labrado con las extravagancias de estilo que ávidos acogen los siglos de decadencia y son precursoras de muerte y ruina para las letras humanas.

Quien hallaba siempre á la mano un soneto punzante y malicioso, lo mismo para ridiculizar

los elocuentes sermones del jesuita Florencia y cuanto publicaba Lope, que las traducciones griegas y los bien fundados juicios de Quevedo, ¿cómo no gozarse con la invencion de la nueva poesia, en abrir una guerra literaria que durase dos ó tres generaciones? ¿Podia ocultársele que la censura de Castelvetro sobre *Las Lises de oro*, de Anibal Caro, revolvió todo el concurso de una docta academia? ¿Podia ignorar que las aguzadas plumas de Laurencio Valla y del Poggio vertieron más sangre que tinta? ¿Pudo olvidar, en fin, que un triste signo ortográfico en la inscripcion de la estatua de Anaxenor encendió la guerra entre los magnesianos y los pueblos circunvecinos! Góngora se dispuso á arrostrarlo todo, y á dar pronta cara al enemigo que se presentase, como la veleta de bronce que en su palacio granadino colocó el sabio Aben Habuz, figurando un caballero lanza en ristre, pronto á revolverse hácia la parte de donde soplara cualquier viento.

Quien no supo debilidad de hombre afamado á que no asestase virulento epigrama; quien en un soneto serio y desnudo referia los milagros de Isabel de la Paz, la buena moza, que llegó á ser propietaria en la calle del Baño, tullendo á cierto Duque, empobreciendo á cuatro mercaderes, y dejándose por dos años servir de un caballero de la verde espada, ¿cómo se podria con-

tener en sacar á luz las flaquezas de Lope, su envidiado enemigo? Ahora (en 1603) échale en cara que, presumiendo de linajudo, se casase con la hija de un traficante en cerdos y pescado, con la Sra. Juana de Guardio, aquella Juana que iba á lavar al río:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres del escudo;
Porque, aunque todas son de viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.
¡Válgante los de Arcadia! ¡No te corres
De armar de un paves noble á un pastor rudo?
¡Oh tronco de Mi-col! ¡Nabal barbudo!
¡Oh brazos leganeses y vinorres!
No le dejéis en el blason almena,
Vuelva á su oficio, y al rocin alado
En el teatro sáquele los reznos.
No fabrique más torres sobre arena;
Si no es que ya, segunda vez casado,
Nos quisiere hacer torres los torreznos. (342)

Ahora, en 1616, hace objeto de mofa las honradas gestiones del monstruo de la naturaleza por alcanzar bienhechor asilo, en los Trinitarios calzados de Jesus y en las Trinitarias de San Ildefonso, á dos hijos ilegítimos, que luego brillaron en santidad y virtud, con los nombres de fray Luis de la Madre de Dios, habido en una cómica, y sor Marcela de San Félix, nacida de doña Maria de Lujan:

Antes que alguna caja luterana
Convierta á Hernandico en mochilero,
Y ántes que algun abad y balletero
Le dé algun saetazo á Sebastiana,
Procuradles, hoy ántes que mañana,
Como padre cristiano y caballero,
A la una un seráfico mortero,
Y á el otro una dominica campana.
Si os faltáre la casa de los locos,
No os faltará Aguilar, á cuyo canto
Salta Pan, Vénus baila, Baco entona.
El se aprovechará de vuestros cocos,
De su rabazo vos: que es todo cuanto
Se pueden dar un galgo y una mona. (343)

Ahora, en fin, por el otoño de 1617, descubre en unas décimas y con nombres propios, ciertas relaciones amorosas, muy secretas é ilícitas del incomparable dramático. El cual pide traza á su ingenio, y se vale de anónimos, y busca respetos de poderosos magnates para hacerse lugar en el corazon del cordobés ó apresar su pluma. Cuando pierde toda esperanza de ganar aquel endurecido pecho, abre el suyo á su amigo el Duque de Sessa, diciéndole: «Si en el mar de la murmuracion se pierden bajeles de alto bordo, anéguese mi pobre barquilla, tan miserable que apenas se ve en las aguas; y á quien, por cosa inútil, pudieran perdonar las olas de la ociosidad y los vientos de la envidia.» (344)